

## TIERRA SECA

Ocurría todos los veranos. Cuando eres niño, los veranos son como un océano de tiempo del que crees que nunca vas a volver a salir. Cogíamos la bici –la mía era una BH roja– y nos íbamos tan lejos como nos permitiera el día. Vivíamos entonces en un pequeño pueblo en las afueras de Sevilla y el olivar era un reino en el que extendíamos nuestros dominios el Nico, el Quique y yo. Nunca he tenido otros amigos a los que haya puesto el artículo delante del nombre. Era, creo, la manera que teníamos de mostrarnos cariño. La tierra estaba quebrada por la sequía y se podía sacar terrones enteros con las manos, como bloques de piedra de un castillo milenario en ruinas. Y allí corríamos veloces por los caminos del coto, dejando atrás guijarros que saltaban y chasquidos de ramas secas. Un día, el Nico tuvo una idea temeraria: ir hasta Sevilla en bici. En aquellos tiempos, a los niños no nos ponían casco ni había carriles para ir a ningún sitio. El Nico estaba loco, pero sus ideas eran demasiado seductoras como para aparcárlas sin más. Cogimos unos bocatas y nos fuimos tempranito. Por el camino nos encontramos a Yolanda, que nos tenía locos. Fue la primera chica que se atrevió a llevar minifalda en nuestro cole, y aquello fue como si hubieran llegado las suecas a una película del destape. Le dijimos que se viniera, pero solo nos permitió acercarla a casa de su tía. Cogimos el camino de las cabras. El cabrero era una bestia de dimensiones troglodíticas. Una vez lo vimos tirarle una piedra a una cabra con tanta fuerza que rebotó sobre el lomo del animalito y acabó colándose por encima de la valla de una parcela. Así que, cuando pasamos a su lado, nadie levantó la vista de las ruedas. Llegó un punto en que no podíamos continuar y era necesario incorporarse a la carretera. Esta era la parte salvaje de la aventura. Los coches pasaban tan rápido que agitaban la bici. Fue entonces cuando ocurrió: un camión de ganado –lo recuerdo por el olor– pasó tan pegado a nosotros que zarandeó la bici del Nico y lo mandó a la cuneta. El pobre frenó de golpe y salió volando hasta dar de cabeza contra el suelo. Nosotros también nos caímos, pero casi por empatía. El Nico tenía una buena

brecha en la frente y nosotros solo algunas magulladuras. Con la dignidad de un soldado, se tapó la herida con la camiseta, recogió su bici y emprendimos la vuelta a casa. Éramos unos niños que regresan a casa con el corazón lleno de fracaso. Y ahora que somos adultos –lo he pensado muchas veces– me conmueve pensar que hubo un tiempo en que estuvimos más allá de la victoria o la derrota, cuando vivir era correr en una bici sobre la tierra seca del verano.

Friedrich von Hardenberg